

ECO DEL SEGURA

AÑO VII.

CIEZA 1.º OCTUBRE DE 1911.

NÚM. 327.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA, MAZARRÓN, CIEZA, CARAYACA, MELILLA, HELLÍN, EL CHE, CADIZ, YECLA Y ALCOY.

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 14.816.113'56
Inposiciones durante la semana	« 329.068'38
SUMA.	
Reintegros.	Ptas. 15.145.181'97
	« 320.277'15
SALDO	
	Ptas. 14.824.804'82

Cartagena 23 de Septiembre de 1911

CAJA: De 9 á 1, y de 3 á 4 y 12.

SUCURSAL DE CIEZA HORAS DE DESPACHO OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

Del Día

Se convence cualquiera, á poco que medite ó reflexione, que el pueblo español, siente, sufre, padece y llora por aquellos asuntos, actos trascendentales, por mucho que lo fueren, y escenas desgarradoras, por grande que sea el grado de tristeza, que tienen lugar á corta distancia, á pocos metros de aquellos que los presenciaron; y que se olvida pronto de sus penas, en oyendo un alegre pasodoble torero, ó un rotundo ¡A los toros!

No necesitaremos agazar mucho nuestro entendimiento, ni apelar á escenas patéticas, ni invocar funestos pesimismo, para alcanzar la resultante de nuestras afirmaciones.

La prueba es fehaciente y diaria y está al alcance de las más obtusa inteligencia.

Nos amenaza el cólera. Las muchedumbres tiemblan temerosas al contagio y se proclama la necesidad y la urgencia de higiénicas medidas y de saneamientos perentorios, por doquiera. El pueblo se alarma ante la presencia del terrible huésped. Las autoridades, llevadas de la mano, por el general clamoreo, adoptan todo género de precauciones en pro de la salud del pueblo, que es la suprema ley; y cuando todos nos preocupamos por la evitación del mal, que parece quiere acabar con la vida nuestra y la de nuestros semejantes, llega la hora de que las puertas de la Plaza de Toros del pueblo vecino, ya que no las del nuestro, se abran, para dar entrada á los espectadores ávidos de presenciar la sangrienta lucha, y ya nadie se acuerda de lo que pueda hacernos el cólera, ni de las medidas sanitarias, ni de los estragos de la epidemia, ni de nada triste, ni de nada funesto.

¡Lo primero son los toros y después... lo que Dios quiera!

¡Hay que desterrar penas y que alejar pesares, por aquello de que el ánimo alegre hace la edad florida y el ánimo triste diseña hasta los huesos!!

Dejar el español de ser como es, es más imposible que convertir la noche en día y trocar á la tierra en sol radiante.

La guerra en Melilla llama sin descanso á los hijos amantes y amados, á brazos robustos que la agricultura necesita; á hombres enteros, tal vez padres tanto queridos cuanto más necesitados, y los padres y hermanos de aquellos, vuelven de la Estación de verlos partir, con los ojos llenos de lágrimas, y, andando, y bajo los rayos ardorosos de un sol que abrasa, cruzan el trayecto que media entre Cieza y Abarán, y entran á la Plaza, *escitado por la pena*, y pierden la voz, á fuerza de dar gritos pidiendo ¡caballos!! y á fuerza de lanzar dicterios y voces mal sonantes á toreros y picadores.

Y es lo que ellos dicen: «No hay que entregarse de lleno á las penas, porque... entonces... ¿quién puede vivir?»

Mas ¡ah! no es esto, es que el corazón español, no puede prescindir de su propia naturaleza. Es que,

«Antes volveránse moros
toditos los españoles,
que renunciar á sus joles!
y á sus corridas de toros»

Obligad á un español, á estar sin comer todo un día, al frente de un trabajo, sin trabajar él, en el cual negocio ha de obtener pingües y positivos beneficios; obligadle á estar al sol tres horas, á *pié parado*, observando el funcionamiento de una máquina que habrá de enriquecerlo, y veréis como alega razones de salud, de imposibilidad material, de falta de potencia para él; pero llevadlo á una plaza de Toros, colocadlo en un tendido, sobre el que

el sol caiga á plomo, y tenedlo seis horas viendo las suertes del *Apañaito IV*, ó del *Escurrido de Málaga*, y no le tendrá miedo á tabardillos ni á insolaciones, ni se cansará de ver correr la sangre de las bestias, ni temblará ante la muerte de un lidiador, ni se acordará del cólera morbo, ni de la guerra de Melilla, en donde tiene hijos, deudos, amigos ó parientes.

Eso sí, terminada la función, vendrán los tristes recuerdos, y las lágrimas de nuevo bañarán los ojos y habrá que lanzar tremendos apóstrofes contra la guerra.

Y es que los recuerdos de cosas tristes, ó de acciones que nos hicieran ser agradecidos, están en razón inversa del tiempo en que aquellas pasaron ó en que recibiéramos el favor.

No hay que molestarse en buscar las pruebas de cuanto dejamos apuntado.

De sobra lo sabemos todos y la verdad de nuestro dicho está el alcance de la inteligencia más obtusa.

RAMÓN M.ª CAPDEVILA.

CRÓNICA NECROLÓGICA

Doña Purificación Martínez Pareja

¡Día infausto el del domingo, 17 del próximo pasado mes de Septiembre! ¡Fecha tristísima, que registra otra negra página en las luctuosas efemérides de una familia, que no parece sino estar predestinada á pagar prematuramente el tributo irredimible de la muerte!

Serían como las cuatro y cuarto de la tarde de aquel día de amarga recordación. El tañido lento, pausado y lúgubre de la campana de la torre de Ntra. Sra. de la Asunción lanzó al espacio sus plañideras vibraciones, anunciando la agonía; ese supre-

mo y terrible momento apocalíptico, en que el alma inmortal, como diamante que se desprende de sus escorias, se despoja de la vestidura carnal que le liga á la materia.

Al escuchar el son fatídico de la campana de la agonía, en breve instante de religioso recogimiento y siguiendo una piadosa costumbre, elevó una oración mental al Dios de todas las misericordias, por el alma del agonizante.

Pero ¡qué dolorosa sorpresa! ¡qué honda conmoción la de mi ánimo, al propagarse rápidamente y llegar hasta mí la fatal noticia de que acababa de espirar... ¡la Pura Pareja!... Así el vulgo la nombraba, en su natural y espontánea propensión al elogio y admiración de su belleza singular, y como nota característica de las generales simpatías que inspiraban los atractivos de su figura sugestiva.

Y es que, cuantos pasan por la vida con la vista fija en un ideal de bien, de belleza ó de verdad, son merecedores de nuestro amor, de nuestro respeto y admiración. Y élla llevaba encarnado en su alma, como el más radiante blasón de su ejecutoria espiritual, este ideal cristiano; ideal que tunde en uno como en sublime trinidad los tres que ennoblecen á la criatura, y suben su espíritu por encima de las estrellas.

Ingratitud notoria la mía, si dejase de enaltecer la memoria de aquella mujer adorable, sol que gastó sus lumbres amando á los suyos y prodigando á su alrededor las grandes ternuras y bondades de su corazón, exquisitamente sensitivo.

Ella, que supo cumplir sus deberes de esposa y de madre, como sus virtudes, su educación y su decoro le inspiraban, hubo también de conquistar voluntades con el imperio de su belleza, nimbada por el sol de este hermoso cielo, que ya no verá más.

